

Nota al Cartujano



Leyendo el poema dantesco de Juan de Padilla (El Cartujano), he hallado un pasaje tres veces repetido, que malamente podrá ser entendido sin la sencilla explicación topográfica que es objeto de esta nota.

Sabido es que este poeta se complace en hacer frecuentes alusiones a la topografía peninsular, a imitación de Dante, como ya notó Menéndez Pelayo. No siempre estas alusiones resultan claras para nosotros; mas ninguna tan obscura y tan necesitada de escolio como la que hace *al puerto de San Adrián horadado*, lugar que en el siglo XV, en que escribía el poeta, debía ser bastante conocido de cuantos viajeros atravesaban desde Alava a Guipúzcoa, al paso que hoy van y vienen los mismos vascongados de una provincia a otra por las carreteras modernas y el ferrocarril, sin tener noticia o sin haber visto jamás el puerto o cueva de San Adrián. El Cartujano debió sin duda pasar por allí, y tal huella debió dejar en su imaginación, que al describir en su poema la entrada de la cuarta boca del infierno, y la más honda, puesta en el centro de la tierra, dice:

«Así comenzamos subir a la sierra
Muy nubilosa con pena y afán,
Como quien sube por San Adrián
Partiendo de noche de su Salvatierra.»

Y dos estrofas más abajo:

«Al puerto de San Adrián horadado
Me semejaba la tal abertura;
En partes estrecha su concavadura,
Y tal que llevaba mi cuerpo de lado;
El agujero del Santo pasado,
Luego se muestra la honda cegama
Allí do comienza Lupuzca su llama
De las hornillas del hierro labrado
Con fuerza de agua que no se derrama.» (1).

(1) Cito por la edición de Foulché-Delboso, *Cancionero Castellano del siglo XV*, N. B. A. E.; t. 19, p. 34.

Y más adelante, describiendo una cueva del infierno vuelve a la misma comparación.

«Así nos llegamos con lenta pisada,
 Como el escucha de la centinela,
 Cuando se llega, maguer que recela,
 Hacia la parte que está desvelada.
 Vimos la peña de dentro cavada,
 Como la peña de santo Adrián:
 Allí do gotean las gotas, y dan
 Sobre la gente que va de pasada
 Subiendo la cuesta con pena y afán.» (1).

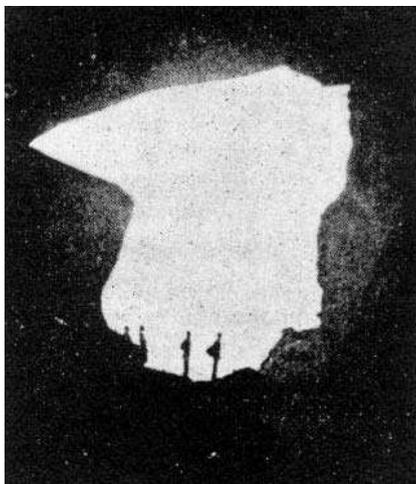
El Cartujano, puesto a describir, no era hombre que se dejaba nada atrás. Cinco siglos después de su paso por este lugar guipuzcoano, el turista moderno halla comprobados todos los pormenores notados por el cartujo hispalense. La cueva de San Adrián es un tunel natural abierto en la base de la sierra que lleva el nombre del mismo Santo, y que facilita el paso desde la parte de Alava, donde se asienta Salvatierra, a la de Guipúzcoa, donde se extiende el valle de Cegama. Esta palabra debería estar en el texto con mayúscula. La altura de la cueva será de veinte o treinta metros, y, en efecto, desde lo alto se desprenden constantemente, aun en el rigor del verano, gruesas gotas de agua. Lo único que hoy se echa de menos son las fraguas tan famosas en Guipúzcoa. hasta los mismos días del Renacimiento.

Hoy se ven en la cueva vestigios de una edificación, que apenas levantan dos metros del suelo: son, según nos atestiguan personas que lo han conocido, restos de un puesto de miqueletes que estuvo allí establecido hasta hace poco. Pero revolviendo algunos libros de la historia de Guipúzcoa, venimos en conocimiento de que allí existió una ermita dedicada a San Adrián, que fué punto de peregrinaciones devotas en los siglos XVI y XVII. Es indudable que esa ermita no existía en el siglo XV, puesto que el Cartujano, tan fiel observador, no la menciona, ni tiene reparo en asemejar la cueva a la boca del infierno.

La siguiente fotografía presenta la abertura de la cueva que

(1) P. 373.

mira a Cegama; está tomada desde el interior, conforme se viene de Alava, en la misma dirección que indica el poeta.



Mi querido amigo, el Sr. Urquijo, me indica que de esta cueva corren por Vasconia varias consejas de brujería. Dejo al estudio de algún vascófilo averiguar si el Cartujano hizo su comparación guiado por alguna de esas tradiciones. A mí me basta con haber aclarado en un punto la lectura de uno de los pocos poetas del siglo XV que se leen con gusto.

M. HERRERO GARCIA.